

RESCATADO Y SANADO



La historia de

Keven Díaz

KHCB Radio Amistad

2424 South Boulevard, Houston, TX 77098

(713) 520-7900

WhatsApp - 713-691-9276

Maneras de Escuchar a Radio Amistad



1400_{AM} y 101.5_{FM}



Use este código QR para tener rápido acceso a todas las páginas de Radio Amistad en la internet.

RESCATADO Y SANADO

La historia de Keven Díaz

La Historia de **Keven Díaz**

Yo crecí en una familia donde había violencia por parte de mi padre. Él era un hombre muy celoso, de carácter difícil y mal padre. Somos seis hermanos en total, cinco varones y una hembra. Yo soy el mayor.

Mi padre es de Guatemala y mi madre de México. Ella se recibió de enfermera en México, pero cuando se juntó con mi padre y llegaron los niños, mamá se quedó en casa para cuidar de nosotros. Él era un esquinero (alguien que se para en la esquina en busca de trabajo) así que sus horas eran flexibles, pero cuando estaba en casa nos oprimía.

Mi padre ejercía un control estricto sobre mi mamá y nosotros a tal grado que nos mantenía como prisioneros en la casa, sin la libertad para salir, jugar con nuestros amigos o participar en actividades extracurriculares.

Debido a sus celos, mi padre colocó maderas en todas las ventanas del primer piso para privarnos, especialmente a mi madre, de ver afuera. Él era muy celoso de ella y

la golpeaba, acusándola de estar con otros hombres. La violencia incrementó cuando yo estaba en el cuarto grado y nos mudamos a otros apartamentos.

Mis hermanos y yo teníamos que limpiar la casa después de llegar de la escuela. La única vez que podíamos jugar afuera era cuando él quería estar solo en el apartamento para golpear a mi madre. Nos mandaba afuera para que no viéramos la manera que la maltrataba y evitar que la defendiéramos.

Nos asignaba muchas tareas para mantenernos ocupados. Esto incluía limpiar la alfombra con cinta adhesiva (en vez de usar la aspiradora). Teníamos que quitar toda la basura a mano con la cinta, la escoba y la pala. Si no lo hacíamos a su manera, nos daba coscorriones en la cabeza. Además, mi hermano y yo teníamos que lavar la ropa cada semana. A veces él nos acompañaba, pero usualmente nos mandaba a la lavandería solos.

Pidiendo ayuda a Dios

Una noche mientras escuchaba sus peleas yo oré al Señor. “Si existe un Dios ¿Por qué no

contestas? Si hay un Dios que está escuchando, que me ayude”. Esa fue mi oración. Quería que Dios me ayudara de alguna forma a sacar a mi papá de la casa para que pudiéramos tener libertad. Yo no conocía a Dios, ni sabía si en realidad existía Dios. Lo único que conocía acerca de Dios era lo que veía en las películas que salían en la televisión durante la Navidad y la Pascua. Solo habíamos visitado una iglesia tres veces, pero en cada instancia llegábamos tarde, nos sentábamos atrás, rezábamos y después de unos 10 minutos nos marchábamos.

Un sábado, mi padre me mandó a lavar. Junté toda la ropa y después me fui a la cocina en busca del jabón. De repente vi su teléfono en el mostrador de la cocina y me di cuenta de que mi padre no estaba allí. Agarré su teléfono a escondidas, lo metí entre la ropa, y me fui a la lavandería. Armándome de valor llamé a la policía, di un reporte al oficial y después regresé a la casa.

A la hora de la cena estábamos comiendo y mi padre estaba viendo la televisión. De repente escuchamos que alguien estaba tocando la puerta con palos y pensé, “estoy en problemas,

estoy en problemas, ¿qué voy a hacer?” Gracias a Dios yo había dado el nombre de mi padre y él mismo fue quien se levantó para abrir la puerta. Cuando abrió la puerta, preguntaron por él y contestó “ese soy yo.” Los policías lo agarraron y dijeron que estaba arrestado, y se lo llevaron a la patrulla. Luego tomaron nuestro testimonio y se lo llevaron a la cárcel. Mi madre tenía marcas de violencia doméstica, porque la había golpeado el día anterior. Por eso los policías pudieron llevárselo arrestado.

Celebrando la libertad

Después de que se fueron, toda la familia se puso de fiesta. Agarramos el taladro y comenzamos a quitarle los tornillos a la madera que cubría las ventanas y nos pusimos a regresar la casa a la normalidad. Era el sábado, 12 de abril del 2008; yo tenía 14 años. Estábamos festejando felices cuando algo inesperado pasó.

La Iglesia Bautista Libertad estaba planeando una campaña evangelística llamada “Corriendo la carrera” para el siguiente día y algunos miembros de la iglesia llegaron a los apartamentos a invitar a gente a la iglesia. Eran

las diez de la noche, y mi hermano recibió en la puerta a dos señoras: una misionera de Belice y Leyla, la esposa del Pastor Santiago Medrán.

Las señoras invitaron a mi familia a la iglesia. Yo estaba afuera jugando con mis amigos y otra señora, la hermana Teresa, de la misma iglesia se me acercó para invitarme a la iglesia. Dijo que habría comida, juegos, dulces y otras actividades. Me entregó un folleto que decía algo de una carrera y eso me llamó la atención. La hermana Tere me dijo que invitara a mis amigos, y gozando de mi nueva libertad, aproveché para invitar a muchos amigos de los apartamentos para que me acompañaran a la iglesia.

El día siguiente un autobús vino por nosotros y dos de mis hermanos me acompañaron junto con varios amigos. Fue un día muy divertido por la libertad que ahora gozaba. Además, me gané una camisa de México por haber invitado la mayor cantidad de personas. De allí en adelante, el autobús venía por nosotros todos los domingos y comenzamos a asistir regularmente a la iglesia. Unas semanas más tarde, cuando hicieron la invitación, fui al altar,

pero no para recibir al Señor sino para pedir la ayuda de Dios por los problemas en casa.

Testificando ante la corte

Meses más tarde, mi madre, tres de mis hermanos y yo fuimos con la abogada a la corte para testificar contra mi padre. Ella nos dio instrucciones acerca de que decir y que detalles incluir. La juez nos hizo preguntas individualmente y yo fui el último en testificar. Mi padre estaba allí en la corte con su abogado, pero no dijo nada. Su abogado me hizo preguntas acerca de las cosas que él hacía con nosotros y trató de demostrar que él tenía buen cuidado de nosotros dándonos medicina por ejemplo cuando estábamos enfermos. Pero al ver que él no me miraba con rabia u enojo me dio confianza de testificar la verdad abiertamente acerca de cómo nos trataba.

La juez le dio 10 años de cárcel y deportación a Guatemala después de cumplir con su condena. También tenía orden de restricción para que no se nos acercara. Nunca he vuelto a ver a mi padre desde entonces.

Una nueva vida

Ese verano, había un entrenamiento por parte del ministerio APEN (la Alianza Pro-Evangelización del Niño) para alcanzar a niños para Cristo. Los directores, Dan y Darlene Shirlen están comprometidos a alcanzar a los niños para Cristo en el suroeste de Houston. La iglesia envió a unos cinco jóvenes incluyéndome a mí a este entrenamiento con los directores a quienes llamamos con afecto, tío Dan y tía Darlene. Nos enseñaron a dar una clase para niños y luego pasamos el verano como misioneros yendo a apartamentos, guarderías, y parques evangelizando a los niños.

Un día, mientras estudiaba la presentación del libro sin palabras, me entró la duda de si yo era un hijo de Dios. Aunque había ido al altar en mi iglesia, no estaba seguro de que había entendido la decisión de confiar en el Señor Jesucristo como mi Salvador. El libro sin palabras usa colores para explicar el evangelio de una manera tan sencilla que aun un niño lo puede entender.

La página negra enseña del pecado y yo sabía que era un pecador. Estaba memorizando

versículos como Romanos 6:23 que dice, “La paga del pecado es la muerte” y no quería morir por causa de mi pecado. La página roja explica sobre la muerte de Jesucristo por mis pecados y su resurrección al tercer día. Estando solo en un cuarto, me postré de rodillas y oré, confesando mi pecado y mi fe en el Señor Jesucristo quien murió en la cruz para limpiarme y salvarme de la condenación eterna.

La Tía Darlene nos había enseñado a poner el nombre del niño en el versículo de Juan 1:12 para hacer su decisión personal. Dice, “Pero a todos los que lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios”. Ese día declaré mi fe en el Señor y pasé a ser un hijo de Dios. Mi vida cambió mucho espiritualmente a raíz de ese entrenamiento. Yo estaba creciendo bastante en la fe, ganando almas para Cristo. Continué ayudando a la Tía Darlene cada verano durante toda mi adolescencia.

Alejado del Señor

Cuatro años más tarde estaba en mi último año de secundaria y faltaban solo unos meses

para mi graduación. Me entró el deseo de ganar dinero y comencé a alejarme de Dios. Cuando el autobús pasaba por nosotros, yo me escondía y cuando ya había pasado me iba a la esquina para trabajar como un esquinero. Llegaban camiones en busca de trabajadores, y como era joven, corría más rápido, me brincaba en la plataforma de la camioneta y a trabajar.

El domingo, 17 de marzo del 2013, Dios me mandó una advertencia. Un hermano de la iglesia me fue a buscar a la esquina y me amonestó a que no estuviera trabajando los domingos. Yo le dije al hermano, “No puedo ir, yo quiero trabajar, quiero ganar dinero”. Ese día yo conseguí dos trabajos, uno de ellos era en una mudanza y el otro era en un restaurante. Gané casi \$300, pero mi vida y mis decisiones no honraban al Señor por lo que me vino la disciplina. Hebreos 12:6 dice, “Porque el Señor disciplina al que ama y castiga a todo el que recibe como hijo” (RVA-2015).

Atropellado

Mi jefe en el restaurante me preguntó si me podía ir a casa caminando porque él tenía

que hacer otras cosas. Yo le dije, “sí, está bien.” Antes de llegar a la casa, cruzando la calle di uno o dos pasos, no me acuerdo exactamente cómo pasó, pero vino un carro y me atropelló. Puedes decir que me disciplinó Dios ese día y me detuvo para que ya no siguiera en el pecado persiguiendo el dinero.

Mi espalda fue partida por la mitad y mi pelvis fue fracturada. Perdí el conocimiento por unos segundos, pero luego desperté tratando de levantarme, pero no podía. Una mujer trató de levantarme, pero la detuvieron y como la estación de bomberos estaba a una cuadra, una ambulancia llegó inmediatamente para llevarme al hospital.

Cuando mi familia llegó al hospital, pensaron que nada más era un golpe sencillo y que iba a salir caminando de allí. Yo sentía que no iba a volver a caminar porque no sentía nada desde el estómago hasta los pies. Además, se me estaba inflamando el estómago y sentía que iba a explotar. En mi mente pensaba, “se acabó mi vida de caminar”. Estaba seguro de que iba a acabar en silla de ruedas el resto de mi vida.

Los doctores me dijeron que la mitad de mi cuerpo estaba dañado, que estaba separado, pero que había una esperanza y esa esperanza era que tuviera un cuerpo de metal. Nada más tenía que decir que sí, y firmar. Yo decidí firmar y me mandaron a otro hospital donde me dieron anestesia y me operaron. La operación duró cuatro horas en donde me abrieron, pusieron varillas de metal en mi espalda y me reemplazaron la pelvis.

Enfrentando una vida en silla de ruedas

Los médicos me dijeron que tal vez no iba poder caminar, pero por lo menos iba a poder sentarme. Fue ahí donde le pregunté a Dios: “¿Qué voy a hacer ahora? ¿cómo voy a seguir adelante?” Al principio yo no entendía que el Señor me estaba disciplinando, pensaba que nada más era mala suerte que me hubieran atropellado.

Después de varios días me visitó mi pastor con algunos jóvenes de la iglesia y varios hermanos. Me regaló una Biblia y puso el versículo Romanos 8:28 en la dedicatoria. Este versículo dice, “Y sabemos que Dios hace que

todas las cosas ayuden para bien a los que lo aman; esto es, a los que son llamados conforme a su propósito”. (RVA-2015) Cuando leí ese versículo, me di cuenta que de alguna forma Dios me iba a demostrar su amor.

Estando en el hospital, todavía no podía mover mis piernas o mis pies. Pasaba las noches sin dormir con mucho dolor y con mucha ansiedad de pensar en qué sería de mi vida. Una noche, tratando de mover los pies le pedí a Dios que me diera la oportunidad de volver a caminar. Yo le hice la promesa de servirle cuando Él quiera, donde Él quiera. Pensaba que Dios no iba a tomar en serio mi promesa.

El Señor me da un milagro

El Señor si aceptó mi oración e hizo el milagro. Estando toda mi familia dormida en mi cuarto del hospital, decidí quedarme despierto. Con fe decidí tratar de mover los dedos de los pies. Y no sé cómo sucedió, pero gracias a Dios ese día sí logré mover los dedos y fue cuando cambió mi vida radicalmente. Comencé a tener la fe que necesitaba tener y Dios comenzó a obrar en mi cuerpo. Unos

minutos más tarde, una doctora entró y vio que estaba moviendo los dedos de mis pies. Ella llamó a los demás doctores y despertaron a mi mamá y comenzaron a darme un poco de esperanza.

Me hicieron exámenes y me dijeron que tenía la posibilidad de caminar, pero que pasaría cuatro años en cama. Hacía un mes desde el accidente y mis músculos se habían debilitado mucho. Estaba bien flaquito y ya no tenía nada de fuerzas, pero gracias a Dios, poquito a poquito el Señor me fue dando las fuerzas.

Rehabilitación

Me dieron un poco de rehabilitación en el hospital y me entrenaron a sentarme. Fue horrible sentarme por primera vez después de un mes de estar acostado porque me sentía como gelatina y mi cuerpo se caía para adelante o para atrás. Pero con la ayuda de los terapeutas logré sentarme en una silla. Al principio de abril decidieron darme de alta y mandarme a la casa. Allá tenía que seguir viviendo la vida y después yo esperaba en Dios de que Él hiciera un milagro.

Tres meses después del accidente yo le pedí a Dios que me diera menos de cuatro años para poder volver a caminar. Pero no tenía fe de que el plan de Dios fuera de quitarme la silla de ruedas en menos tiempo. Cuando llegué a la revisión médica me hicieron un examen con rayos X, un MRI y cuando el doctor lo revisó, se dio cuenta de que tenía la probabilidad de caminar. El día siguiente él me dice, “Si quieres, puedes comenzar a caminar”. Ese mismo día yo dije, “OK, todo sea para Dios, voy a caminar”.

Aprendiendo a caminar de nuevo

Los músculos en mis piernas habían perdido todas sus fuerzas. Me dieron dos sesiones de terapia, pero no tenía seguro médico así que me las ingeniaba para fortalecer mis músculos en casa. Como era verano, me iba en mi silla de ruedas a la piscina donde pasaba horas nadando. También saqué los patines y me iba al parque porque era más fácil deslizarme que caminar; eso me ayudó a recobrar los músculos de las piernas. Nuestro apartamento estaba en el segundo piso y no había ascensor. Tenía que sentarme en las gradas y subir un escalón a la

vez arrastrando mi silla de ruedas. Me iba a la iglesia y aun a trabajar en la silla por tres meses hasta que aprendí a caminar de nuevo.

Dios usó esa tragedia para traer una bendición a mi vida, para ayudarme a crecer en mi fe y a cambiar mis pasos. Después del accidente comencé a depender de Dios. Durante una tragedia, uno busca a Dios más y comienza a crecer espiritualmente. Ya cuando uno está bien, a veces se olvida de Dios y lo abandona.

Presión de la familia

Mi madre ya se había juntado con otro hombre y mi padrastro no simpatizaba con mis actividades religiosas. Se molestaba de que ya no iba a los partidos de fútbol con la familia. Él era árbitro y pasábamos los sábados con él en el parque. Al principio iba con ellos en mi silla de ruedas, pero al no poder jugar, perdí el interés de estar allí. Él tampoco quería que yo fuera a la iglesia y se ponía a pelear conmigo. Usualmente era cuando estaba tomado.

Antes del accidente yo tenía un auto que había comprado con mis ahorros, pero estando en el hospital, mi madre y padrastro vendieron

mi carro para pagar la renta. Ahora que tenía más movilidad, mi padrastro exigía que les ayudara a pagar el alquiler. Un día, mi pastor pasó a visitarme y me pidió que fuera a trabajar con la tía Darlene para ayudarle con unos clubes para niños.

Clubes de Buenas Nuevas

El gobierno permite que se ofrezcan “clubes de buenas nuevas” para los niños después de la escuela. En estos clubes se les enseña a los niños acerca de la salvación y los ganamos para Cristo. Los niños que ya son cristianos aprenden a crecer en su vida espiritual. Los clubes son como una iglesia para ellos.

Mi pastor me presentó la idea de ir con Tía Darlene para trabajar con ella. De repente me hizo un clic a la mente y fue cuando me di cuenta de que Dios me estaba recordando de la promesa que le hice estando en el hospital. Dios no se olvidó de la promesa que le había hecho. Eclesiastés 5:4-5 dice, “Cuando hagas un voto a Dios no tardes en cumplirlo; porque él no se complace en los necios. Cumple lo que prometes. Mejor es que no prometas, a que prometas y no cumplas”.

Acepté trabajar con los directores en los clubes escolares. Pasé un año completo ayudándoles cinco días a la semana y Dios comenzó a cambiar mi corazón. Al principio solo fui para cumplir mi promesa a Dios, pero luego quería servirle en gratitud por todo lo que Él había hecho y estaba haciendo por mí. Me acordé también del versículo que mi pastor me escribió en la portada de mi Biblia, Romanos 8:28. Me di cuenta que Dios me estaba llamando a servirle y cuando Dios le llama a alguien ya no le va a soltar si decide no obedecer. Uno no se puede esconder de Él.

Introducción a la radio

Darlene quería promocionar el Club de Buenas Nuevas en la radio cristiana. Ese día yo estaba en su casa y ella decidió llevarme con ella a la radio. La Tía Darlene tenía algo en mente, pero no me había dicho nada a mí. Ella me llevó con el propósito de introducirme al ministerio de Radio Amistad porque pensó que sería un buen ministerio en donde podría servir al Señor.

Cuando acabó la entrevista, ella me llevó

al carro y me preguntó, ¿qué te parece si vienes a trabajar aquí? Y le dije, bueno, si Dios me pone aquí estoy disponible a trabajar aquí y me dijo, pero primeramente tenemos que sacar tu licencia de conducir. Ella me ayudó a obtener mi licencia y luego habló con Dolly Martín, la directora de Radio Amistad. Ella me recomendó para ser un voluntario. Una cosa llevó a otra y pronto me estaba entrenando Miguel A. Jacinto para tomar un turno al aire.

Dios me bendice con una familia

Durante mis años de servicio con Tía Darlene, otra joven de mi iglesia, Ingrid Santos, también estaba allí. Ella es hija de uno de los diáconos, así que nos veíamos en la iglesia y también en el ministerio con los niños. Los dos servíamos juntos y estábamos alcanzando a niños para Cristo. Ella es la que me echó el ojo primero y eventualmente, con un empujón de mi pastor, decidí comenzar una relación romántica con ella. El 29 de febrero de 2020, nos unimos en matrimonio y el 21 de noviembre, el Señor nos bendijo con la llegada de nuestro primogénito, Felipe Díaz.

Segundo accidente

Uno de los ministerios que el Señor me ha dado en la iglesia es recoger personas para los servicios. El sábado, 5 de febrero, 2022 estaba transportando a varias damas (incluyendo a Ingrid y Felipe) a la iglesia para una fiesta de bienvenida al bebé que esperábamos cuando fuimos atropellados por un auto.

Había ocho personas en mi auto. Estábamos detenidos en un semáforo rojo esperando que cambiara la luz cuando un auto que estaba doblando a la derecha a una alta velocidad perdió el control de su vehículo y se estrelló contra el lado chofer de mi auto. Nos empujó a través de dos carriles por arriba de la acera y terminamos contra una pared de metal.

Todos terminamos en el hospital. Ingrid, que estaba embarazada de seis meses, perdió el conocimiento. Todos sufrimos fracturas en las costillas, dos perdieron dientes, una hermana sufrió un derrame de sangre en la pierna, una niña de cinco años se le abrió la frente y la mandíbula requiriendo muchísimas puntadas.

Tardamos meses para recuperarnos, pero debido al golpe, Ingrid perdió a nuestra hija,

Grace. Felipe se traumó a tal grado que no se dejaba tocar por nadie, ni por su mamá. Además, tuve que pelear para que me pagaran la pérdida del auto y aun no han pagado los gastos médicos de ninguno de los heridos. Aunque llegaron policías y ambulancias, el que nos chocó no recibió una citación, aun cuando encontraron alcohol en su automóvil. Fue un año muy difícil para todos los afectados por este accidente.

Hogar, dulce hogar

Dos años después de perder a Grace, el Señor nos regaló un segundo hijo, Pedro Esteban quien es una enorme bendición para nuestra familia. El Señor me ha permitido aprender acerca de cómo usar los medios digitales para compartir el evangelio. Ahora soy el director de medios digitales en la radio y sigo fielmente sirviendo a Dios en todo lo que Él me llama hacer.

Uno de mis cantos favoritos habla de tener un bello hogar y siempre en oración pensaba y anhelaba tener ese bello hogar. Dios ha sido fiel y me ha dado ese bello hogar que tanto

deseaba. Tengo una familia que sigue creciendo gracias a Dios. También Dios está obrando para transformar mi familia con la que crecí y nos está dando un bello hogar. Cada semana mi familia y la de Ingrid vienen a casa y pasamos unas felices horas de compañerismo.

Hay un Dios que escucha y contesta oraciones si le pedimos y nos humillamos delante de Él. Tal vez usted está viviendo con padres abusivos. Sepa que Dios le puede rescatar a usted como me rescató a mí.

Oración de decisión

Si desea ser salvo de sus pecados, solo tiene que decirle eso al Señor en una oración. Puede orar algo como lo siguiente:

“Santísimo Dios, confieso que soy pecador, digno de tu juicio eterno. Me arrepiento de todos mis pecados. Confío que el sacrificio de tu Hijo Jesucristo en la cruz pagó por todos mis pecados. Recibo a Jesús como mi Señor y Salvador. Escribe mi nombre en el libro de la vida para morar contigo por la eternidad. En el nombre de Jesús. Amen”.

Nombre _____

Fecha _____

RESCATADO Y SANADO

Keven Díaz creció en una familia donde había violencia por parte de su padre. Keven no conocía a Dios, ni sabía si en realidad existía Dios, pero una noche mientras escuchaba a sus padres peleando él oró al Señor. “Si existe un Dios ¿Por qué no contestas? Si hay un Dios que está escuchando, que me ayude”. Dios escuchó y contestó la oración de Keven y la misma noche de su liberación, llegaron cristianos a su puerta para invitarles a servicios especiales el siguiente día. Keven fue a los servicios y comenzó el proceso de sanidad en su corazón.

Pero cuatro años más tarde se alejó del Señor y se fue tras el dinero. Ignoró una advertencia de un amigo de la iglesia y ese mismo día un auto le atropello partiendo su espalda por la mitad y dejándole sin sensación desde su estómago hasta los pies. “Le pedí a Dios que me diera la oportunidad de volver a caminar. Yo le hice la promesa de servirle cuando Él quiera, donde Él quiera”.

Lea el resto de la historia aquí en **RESCATADO Y SANADO**.



Keven Díaz

